



24 CAPÍTULO
HASTA NAVIDAD

Lauren
Asher

UN AMOR DE DICIEMBRE

UNA NOVELA
DE ADVIENTO

LAUREN ASHER

LAUREN ASHER

UN AMOR DE DICIEMBRE

UNA NOVELA DE ADVIENTO

TRADUCCIÓN DE ANA ROBLA VICARIO

mr

Título original: *My December Darling*

© 2024. MY DECEMBER DARLING by Lauren Asher

© por la traducción, Ana Robla Vicario, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© de las ilustraciones del interior, Freepik

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-270-5447-9

Depósito legal: B. 14.645-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Catalina



—¡Mira! ¡Ahí está Aiden! —Mi hermana, Gabriela, saluda con la mano en dirección al mostrador de recepción.

Impresionante; con menos de cinco palabras me arruina el día, y ni siquiera los villancicos que resuenan en los altavoces del restaurante van a poder arreglarlo.

—¿Le has dicho que venga? —pregunto perpleja, y agarro con fuerza el respaldo de la silla en lugar de sentarme a la mesa como estaba a punto de hacer.

Gabriela frunce el ceño.

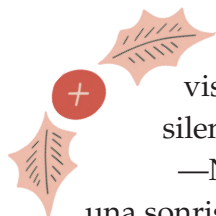
—Claro, te mandé un mensaje ayer para avisarte.

¡Ostras! Puse el móvil en modo «no molestar» porque mi madre no paraba de preguntarme cómo voy con el discurso para la boda. Mientras que yo todavía no he sido capaz de escribir ni una sola frase, el padrino de Aiden, Luke Darling, ya le ha mandado una copia para que le dé el visto bueno.

—¿Te parece mal que venga Aiden? —me plantea mi hermana con un tono de voz un poco tenso.

Mi madre nos mira a la una y a la otra, y al final fija la





vista en mí con unos ojos acusadores que me piden en silencio que no monte un numerito.

—No. —Me esfuerzo por transformar mi mueca en una sonrisa—. Para nada.

Mentira podrida, pero, por suerte, nadie protesta. Decir que las cosas han estado un poco raras entre mi hermana y yo desde que empezó a salir con mi ex sería quedarse corta, pero, bueno, debo decir que tampoco he hecho mucho para arreglar la situación.

«Y por eso estás aquí, haciendo el esfuerzo de estar presente y ayudar a Gabriela con la boda en lugar de evitando a todo el mundo hasta que empiecen las celebraciones.»

Mi expresión parece reconfortar a mi hermana, porque se gira enseguida hacia la entrada del restaurante y una sonrisa vuelve a iluminarle la cara.

—¡Anda, qué bien! Luke ha decidido venir al final.

Estaba tan sumida en mis pensamientos que no me he dado cuenta de que Luke entraba en el restaurante justo detrás de Aiden.

«Mierda.»

El corazón me da un vuelco.

—¿Él también viene?

Gabriela me echa una ojeada.

—Sí, habían quedado antes, así que lo invité a él también.

—¿Por qué? —pregunto sin pensar.

Solo he hablado con Luke en cuatro ocasiones contadas, pero con eso me basta. Ya he salido con tíos como él y siempre he acabado mal, así que prefiero mantenerme alejada de Luke y de su alegría crónica.



Bueno, debería guardar las distancias por eso y porque es el atractivo, inteligente y adorable mejor amigo de Aiden de cuando estudiaban Medicina, al que no conocí hasta después de que Aiden rompiera conmigo porque estaba ocupado haciendo un voluntariado en la Cruz Roja.

El doctor Darling es perfecto sobre el papel, justo el tipo de hombre con el que querría juntarme mi madre... si es que yo estuviera dispuesta a salir con alguien de Lake Wisteria, claro.

Técnicamente, Luke no es de nuestro pueblo, pero se mudó a él hace un año por Aiden y por una vacante en el hospital, así que lo meto en el mismo saco que al resto de los hombres de aquí.

—Cata... —Mi madre pronuncia mi diminutivo como si fuera una maldición.

—¿Sí? —respondo fulminándola con la mirada.

Ella alza la barbilla en un claro gesto de desprecio.

—¿Puedes, por favor, comportarte durante una hora?

Ignoro la punzada de dolor en el pecho y pongo cara de aburrimiento.

—No sé, ¿eh? No es fácil lo que me pides...

Gabriela suelta un suspiro exasperado y mi madre resopla.

—No entiendo por qué le tienes tanta tirria a Luke, pero es como de la familia de Aiden, así que ¿qué te cuesta ser maja?

Recibo las palabras como un puñetazo en el estómago, pero me aseguro de no mostrarlo. Ni siquiera estoy segura de que mi madre sea consciente de hasta qué punto me duelen ese tipo de comentarios, porque nunca se lo he confesado.

—Princesa —dice Aiden en cuanto llega a nuestra mesa.

Se ha debido de cortar el pelo rubio hace poco, y va vesti-



do con su uniforme habitual de polo con pantalón caqui, como si acabara de salir del club de campo. La verdad es que su color de pelo y su forma de vestir deberían haber sido señal suficiente de que no hacíamos buena pareja, pero pensé que a mi madre sí le gustaría.

No tardé mucho en darme cuenta de que estaba saliendo con Aiden por los motivos equivocados, como la esperanza de apaciguar a mi madre, y él parecía sentir lo mismo, aunque al menos él sí tuvo el valor de cortar conmigo.

Mi futuro cuñado rodea a Gaby con los brazos y la aprieta contra el pecho. Ella se hunde en él cuando recibe un besito en la coronilla y se gana un «oooh» por parte de mi madre y una sonrisa tímida por la mía.

Soy la primera en admitir que son monísimos juntos, aunque el mote cariñoso con el que llama Aiden a mi hermana aún me hace poner los ojos en blanco de tanto en tanto.

Estoy tan distraída con los tortolitos que no soy consciente de que Luke pasa por mi lado hasta que me roza sin querer con el brazo. Una sensación ligera, etérea, surge en mi pecho con ese único contacto, pero enseguida la aplasto bajo el peso de la realidad.

Puede que me guste un poquito sentir la piel de Luke. Puede que incluso me guste un poco su olor a sándalo y al cuero de la chupa que lleva encima de una camiseta negra con cuello *henley* acompañada de unos vaqueros también oscuros. Pero no me gusta Luke como persona. Es insoportablemente simpático, considerado hasta niveles frustrantes, y el tipo de tío que podría servir de inspiración para un nuevo superhéroe de cómic tanto por sus músculos como por su empeño en ayudar a los demás.





—Catalina. —Luke dice mi nombre con una sonrisa. No me sorprende, hace lo mismo con todo el mundo.

Aunque algo en su manera de sonreírme hace que me salten todas las alarmas, así que pongo algo de espacio entre nosotros.

—Lucas.

Su sonrisilla se agranda mientras se vuelve hacia mí.

—Es Luke.

—Vaya, y yo que pensaba que nos estábamos llamando por nuestros nombres completos...

Suelta una risita para sí y de inmediato siento mariposas en el estómago.

—No me llamo Lucas.

—Una pena. Me gusta más que Luke.

Veo en sus ojos marrones ese brillo que siempre asoma cuando algo le divierte. Dios, son preciosos, enmarcados por unas pestañas tan largas que dejan a las mías en muy mal lugar.

Me obligo a romper el contacto visual, porque no puedo soportar su atención.

Puede que todo el mundo crea que Luke Darling es tan encantador como indica su apellido, pero yo no me lo trago. Quiero decir, algo malo debe de tener, ¿no? Nadie puede ser tan feliz todo el tiempo, ni estar tan dispuesto a acudir en ayuda de cualquiera, por mucho juramento hipocrático que haya firmado.

Pero dos personas a las que queremos mucho se van a casar, así que voy a tener que tragarme mis sospechas y hacerlo que sea por soportarle en el futuro próximo, me guste o no.



Luke



A pesar de que he venido todo el camino a pie hasta el restaurante convenciéndome a mí mismo de portarme bien, como el hombre de treinta y pocos años hecho y derecho que soy, en cuanto he visto a Catalina, todo se ha ido al traste.

Solo nos hemos visto unas cuantas veces desde que Aiden y Gaby están juntos, y después de cada interacción me he quedado con cara de bobo preguntándome por qué me molesto siquiera en intentar hablar con ella. Si Aiden no me hubiera insistido, habría pasado totalmente de venir a la comida.

Aunque compartimos piso, Aiden y yo no solemos pasar tiempo de calidad juntos, porque somos médicos de urgencias en el nuevo y moderno hospital Lake Aurora. Por lo general, no nos vemos más que de pasada, ya que solemos hacer guardias de noche en días diferentes, pero hoy librábamos los dos.

Creía que podría superar el día sin incidentes, pero es evidente que he metido la pata hasta el fondo al llamar a Catalina por su nombre completo. Debe de pensar que lo he hecho solo para molestarla, pero es que su nombre me parece muy bonito.



La camarera interrumpe la conversación de la mesa para tomarnos nota. Todo el mundo sabe lo que quiere. Todo el mundo menos yo, que no le he echado ni un mísero vistazo a la carta porque estaba ocupado contemplando a la preciosa chica de pelo castaño y cara de pocos amigos que tengo delante, así que pido lo primero que veo.

Catalina se ríe por la nariz, y no sé cómo lo hace para que hasta ese ruidito sea adorable.

«¿Adorable? Más bien grosero.»

Sí, ya, tan grosero que me sorprendo reprimiendo una sonrisa y esforzándome por no pedirle que lo repita. La gente del pueblo dice que Catalina es fría como el hielo, pero el hielo se puede derretir, ¿no? El único problema es que todavía no sé cómo derretirla.

—¿Algo que decir? —Me inclino hacia delante apoyado sobre los codos, dedicándole toda mi atención.

—*Nop* —dice remarcando mucho la *p* final con los labios. Esos labios rosas, carnosos, que siempre tiene fruncidos en mi presencia.

—¿Estás segura?

—*Sip*.

—¿Todas las conversaciones contigo son así de fascinantes?

—Es posible.

—¿Cuatro sílabas enteras? —Me tomo el pulso—. Madre mía, la próxima vez avisa.

Baja la vista al menú, fingiendo leerlo a pesar de que ya ha pedido su



comida. Aiden me mete en un debate que está teniendo con Gabriela y su madre mientras Catalina observa con un interés mudo. No habla mucho cuando estamos en grupo, lo cual no hace sino aumentar mi curiosidad por saber qué estará pensando.

«Lo más probable es que esté juzgándote en silencio.» No me sorprendería, por mucho que Aiden diga que es bastante maja cuando la conoces.

En cuanto llegan nuestros platos, entiendo por qué Catalina ha reaccionado así cuando he pedido. De haber sabido que el rollito Aliento de Dragón iba a hacer que escupiera fuego por la boca casi literalmente, habría escogido algo más amable con mi paladar. Cualquier cosa tiene que ser mejor que esto que me está abrasando las papilas gustativas.

A este paso puede que sea yo quien acabe necesitando que me vea un médico de urgencias; no hay manera de que me termine el plato con el estómago intacto.

Podría decir que es la peor experiencia que he tenido con el sushi en mi vida, pero, teniendo en cuenta que Catalina no para de reírse por lo bajo al verme tragando agua como un cosaco entre exhalaciones flamígeras, estaría mintiendo.

Estoy tan embelesado con el fulgor de sus ojos que me pilla por sorpresa cuando alarga el brazo por encima de la mesa para coger un trozo de sushi de mi plato.

Antes de que pueda advertirle nada, se lo mete en la boca con una sonrisa y se pone a masticar. Sin una mueca de dolor. Sin lágrimas en los ojos. Sin buscar agua desesperadamente.

—No presumas tanto —suelto, arrugando la frente.



Ella finge quedarse sin aliento.

—¿Acabas de fruncir el ceño?

La fulmino con la mirada.

—Guau. La próxima vez avisa —repite mis palabras de antes, y hace el mismo gesto exagerado de tomarse el pulso.

Le hago una peineta con la mano con la que sujeto los palillos, y me veo recompensado por un resoplido divertido por su parte y una risa ahogada de Aiden, que está sentado a mi lado. Gaby y la señora Martínez siguen con la conversación, y yo intento unirme, pero Catalina vuelve a hacerse con mi atención cuando veo que alarga el brazo de nuevo para comerse otra pieza.

—Eres una nenaza. Esto no es nada —se mofa.

—Si con *nada* quieres decir «comestible», entonces sí, por fin estamos de acuerdo en algo.

Se inclina hacia delante para coger un tercer trozo, pero alejo el plato de su alcance.

—Deja de robarme comida.

Pone los ojos en blanco.

—¿Se considera robo si tú me has cogido uno antes cuando no estaba mirando?

«Mierda, ¿se ha dado cuenta?»

Alzo las manos.

—En mi defensa diré que estoy muerto de hambre.

Suelta un leve suspiro de resignación.

—Ten, anda. Nos los cambiamos. —No espera a que acepte antes de intercambiar los platos.

El movimiento llama la atención del resto de los comensales, pero nadie dice nada. Bueno, yo sí.



—¿Por qué haces eso? —se me escapa.
Sus cejas se juntan en un gesto de incompreensión.

—¿Cómo que por qué? No te gusta nada.

—Ya, bueno, pero a ti no se te conoce por ser la hermana maja, precisamente, así que me hace sospechar.
—Mantengo un tono informal, jocosos, pero, al ver que Catalina se recuesta sobre el respaldo de su silla y me rehúye la mirada, me siento como un completo imbécil.

Estábamos teniendo una conversación agradable, para variar, y lo he echado todo a perder sin quererlo. Ella se encoge de hombros apática y a mí se me desgarras el corazón.

—Tienes razón —murmura.

Si es así, ¿por qué siento que nunca me había equivocado tanto?

Me odio cuando me oigo decir:

—Lo decía de broma.

—Da igual —contesta con un tono entrecortado que confirma que no da igual en absoluto.

—Entonces ¿por qué no me miras?

Tarda unos segundos, pero al fin levanta la cabeza y clava la vista en mí. Sus ojos no tienen la calidez de hace un minuto, y desearía... no sé muy bien qué, la verdad.

—¿Realmente quieres que responda a esa pregunta?

—No la habría hecho si no lo quisiera. —Esbozo una sonrisa juguetona.

Se fija en mi gesto y frunce tanto el ceño que se le arruga toda la cara.

—Me resultas...



—¿Sí? —Me inclino hacia ella y contengo la respiración mientras espero a escuchar lo que vaya a decir.

—Repugnante. —Termina la frase haciendo una mueca de asco con la nariz, como si la sola idea de respirar el mismo aire que yo le revolviere el estómago.

—¿Repugnante? —repito, inyectando escepticismo en cada sílaba.

Jamás en la vida me habían descrito de un modo tan ofensivo, y desde luego no alguien que se ha pasado los últimos veinte minutos mirándome de reojo cuando pensaba que no me enteraba.

Y una mierda. He visto cómo me mira, y *repugnante* es la última palabra que le vendría a la cabeza en esos momentos, de eso estoy seguro.

—Sí —continúa—. Eres una especie de copia barata de Capitán América, y lo digo en el peor de los sentidos.

Me quedo atónito.

—¿Perdona?

Catalina suelta un suspiro dramático.

—Ya sé que debe de ser difícil de escuchar, con el complejo de salvador que tienes.

Aiden, que por lo visto ha estado escuchando nuestra conversación en lugar de atender a la historia de su futura suegra con el dentista, se ríe entre dientes.

—Cállate —farfulla, y le doy un codazo en las costillas que le hace poner un gesto de dolor.

Se masaja la zona dolorida.

—No subestimes tu superfuerza, Capitán América —dice él, destacando las últimas dos palabras.



La granuja que tengo enfrente se recuesta de nuevo en su asiento con una sonrisilla de suficiencia que hace que se me acelere el corazón. No sé muy bien qué tipo de poder tiene sobre mí, pero su sola presencia me está volviendo loco.

Hasta ahora, apenas hemos coincidido. Me resultaba fácil arreglármelas para tener otros planes, ya que Catalina solo viene a Lake Wisteria un par de veces al año, así que nunca me he planteado qué ocurriría si acabara disfrutando de su compañía.

O, peor aún, si quisiera pasar más tiempo con ella.

